

Javier Rupérez

Licenciado en Derecho y Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid.

Dentro de su actividad política destacan el haber formado parte de la Unión de Centro Democrático (UCD), dirigida por Adolfo Suárez, de la que fue miembro de su comité ejecutivo y secretario de Relaciones Internacionales. En 1989, Javier Rupérez facilitó la integración de la Democracia Cristiana en el recién creado Partido Popular, partido del que fue vicepresidente y miembro del comité ejecutivo hasta el año 2000. Asimismo, ha sido diputado o senador desde 1979 hasta el año 2000. Como diplomático ejerció como embajador de España ante la OTAN, inmediatamente después de la entrada de España en la Alianza (1982). Fue embajador de España en EE. UU. entre 2000 y 2004, año en el que a su vez fue elegido director ejecutivo del Comité contra el Terrorismo del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en Nueva York.

Embajador de España



Twitter: [@JavieruperezEmb](https://twitter.com/JavieruperezEmb)

LA “NACIÓN INDISPENSABLE” EN PERIODO ELECTORAL

Las apuestas contradictorias de un mundo dividido

Javier Rupérez

1

La vida política norteamericana, como tantas otras, ha conocido diversos momentos de polarización social, ideológica y económica. Al fin y al cabo, el funcionamiento de la democracia en tiempos inciertos puede conducir a la radicalización de las opciones que en tiempos normales no pasan de tener diferencias asumibles. El momento en que el país y su ciudadanía vive este periodo electoral del año 2024 corresponde a los de forma radicalizada, quizás en unos extremos que los Estados Unidos pocas veces han conocido. Varios son los análisis que pudieran y debieran realizarse para comprender los motivos y el alcance del extremismo ambiente, pero en el del momento contemporáneo todos debieran en gran parte reducirse a un nombre, el del que entre 2016 y 2020 ya fuera presidente de los Estados Unidos, Donald J. Trump.

Derrotado en las elecciones presidenciales que tuvieron lugar en 2020 por el candidato demócrata Joe Biden, que desde 2008 hasta 2016 había ocupado

el puesto de vicepresidente cuando Barack Obama era el presidente del país, Trump se negó a aceptar como legítimos los resultados electorales, a los que calificó, y en 2024 sigue calificando, de fraudulentos, llegando incluso a organizar una violenta invasión de la sede del Congreso en Washington el 6 de enero de 2021 con la finalidad de impedir que el Colegio Electoral allí reunido para certificar los resultados de los comicios pudiera realizar su trabajo. El momento, que bien puede considerarse un golpe de estado, de un extraordinario dramatismo y una profunda gravedad, puso de manifiesto hasta dónde Trump podía conducir sus planteamientos con el fin de satisfacer sus demandas de poder.

Los cuatro años transcurridos desde entonces, y en contra de cualquier otra alternativa, han contribuido a reforzar el papel de Trump en el seno del Partido Republicano, en la práctica ahora convertido en una organización dedicada a seguir su nombre y argumentos e, inevitablemente, convencida de que no había mejor candidato para las elecciones presidenciales del 5 de noviembre de 2024 que Donald J. Trump. El candidato no ha dejado de proclamar sus conocidas convicciones: la de operar sobre una supuesta América en declive de manera a encontrar el momento que pudiera devolver el país a su grandeza perdida —el conocido “Make America Great Again”—; la de proceder con dureza para impedir la llegada de emigrantes ilegales a los que sin ningún matiz considera gente criminal y abominable; o la



Donald Trump en un acto Texas en 2020 / Foto: USDA Lance Cheung

de someter a reconsideración las alianzas exteriores del país y sus obligaciones, bajo una óptica que siempre ha sido la del renovado aislacionismo monroviiano del “América para los americanos”. En la Convención Republicana que de manera tan masiva como entusiasta confirmó la candidatura de Trump para acceder a la Casa Blanca, el 19 de julio de 2024, y por si quedara alguna duda al respecto, el expresidente volvió a retratarse como el mismo de siempre, bien que con una leve variante: unos días antes, el 13 de julio, en el curso de un mitin electoral que tenía lugar en Pensilvania, un joven francotirador de 20 años disparó contra el candidato, al que la Divina Providencia, o la simple suerte, salvó de manera milagrosa al recibir únicamente un pequeño rasguño en la oreja derecha. Era comprensible y seguramente inevitable que en su primera aparición pública tras el intento de asesinato Trump afirmara que había tenido a “Dios de su lado”. La percepción de los asistentes al evento, ya masivamente predisuestos al apoyo de la candidatura trumpiana para las elecciones presidenciales, vieron sus preferencias reforzadas por el milagro y confirmadas en una convicción: el éxito le pertenecía.

Tanto más cuanto que en el lado opuesto, el de los demócratas, la candidatura del todavía presidente Joe Biden no parecía contar con los mejores auspicios. Tiempo atrás, cuando todavía no estaba abierta la pugna electoral, no eran pocos los que en público y en privado señalaban con preocupación lo que parecía ser un progresivo deterioro de las capacidades físicas y mentales del inquilino de la Casa

Blanca. No era tanto su ya avanzada edad —81 años, en una contienda entre gente mayor, en cualquier caso: Trump ya ha cumplido los 78— sino además lo que los entendidos describen como pérdida de “capacidad cognitiva”. Y por si alguna duda cupiera al respecto, durante el primer debate entre los dos candidatos a la presidencia de los Estados Unidos que la CNN organizó el 28 de junio, Biden no pudo ocultar sus errores, sus vacilaciones, sus imperfecciones mentales y verbales. El momento fue adquirido por las huestes republicanas como una primera y contundente premonición del éxito de su candidato el 5 de noviembre, una sensación ya ampliamente compartida y sonoramente repetida tras la “intervención divina” que el día 13 de julio salvó la vida de Donald J. Trump.

Sería erróneo deducir de ello una impresión negativa del balance que Biden deja en el país y en el mundo tras sus cuatro años en la presidencia de los Estados Unidos. Persona largamente curtida en la vida política del país, perteneciente al sector moderado y centrista del Partido Demócrata, ha conducido una trayectoria previsible en los resultados y acertada en los análisis, muy en línea con lo que la presidencia americana ha dejado tras sus rastros en los últimos decenios, sin por ello olvidar sus errores o desaciertos. Recuperó el sentido de la participación internacional del país en los compromisos contraídos con todos los países europeos y americanos que forman parte de la

Era comprensible y seguramente inevitable que en la primera aparición pública de Trump tras el intento de asesinato él afirmara que había tenido a “Dios de su lado”

OTAN, organización que Trump había estado a punto de abandonar. Condujo con suficiente acierto una política económica doméstica e internacional basada en las normas conocidas y aceptadas del mercado liberal e internacionalizado. Reconstruyó en Washington el baluarte de, en algún sentido, la “nación indispensable” frente a las asechanzas y los desvaríos del conjunto de los autócratas y totalitarios que en el mundo son, sin alentar por ello ningún esquema de intervención militar directa. Incluso, y aunque la realización estuviera cargada de torpezas, tuvo el buen sentido de retirar la presencia militar americana de Afganistán nada más comenzar su mandato como presidente.

Y además ha debido hacer frente a las calamitosas consecuencias creadas por la Federación Rusa en 2022 cuando Putin decidió la invasión de Ucrania y por Hamás en 2023 cuando decidió atacar Israel por medio de un brutal ataque terrorista. Los Estados Unidos de Biden no han tenido duda alguna sobre la necesidad de propiciar la defensa ucraniana contra el agresor ruso y paralelamente, en un escenario hartado de complejidades, ha mostrado su solidaridad tradicional con el Estado de Israel mientras ha venido procurando que la contundente respuesta judía al ataque islamista no cayera en los excesos que tanta mortandad está produciendo entre la población palestina de Gaza. No es difícil imaginar cómo un reelegido Trump enfocaría ambas crisis. Para Ucrania, como suelen decir los republicanos de su calaña, “ni un dólar más”. Y en el Medio Oriente, todo para Israel y ninguna posibilidad de configurar en el área la existencia de un Estado palestino.

Tiene Trump una larga y nada brillante historia de acciones que los tribunales ya han considerado como delictivas o están en trámite de serlo. La que hace pocos meses, ante un jurado en la ciudad de Nueva York, le condenó por 34 casos relacionados con transacciones económicas ilegales —en el marco de sus relaciones sexuales con una actriz porno— tuvo una sonora repercusión en el país y fuera de él. Pero recientemente otro tribunal le ha exonerado de manera preventiva de ser considerado culpable en aquellas acciones llevadas a cabo cuando todavía tenía, y en función de, la condición de presidente de los Estados Unidos. Y es notable señalar al respecto que la mayoría de los casos penales pendientes no verán solución antes de que el 5 de noviembre tengan lugar las elecciones presidenciales, con el precautorio añadido consiguiente: o bien quedaría absuelto por la reciente decisión sobre sus momentos presidenciales, o bien podría auto indultarse en el caso de que ya hubiera accedido a la Casa Blanca. En ese alargado historial de violaciones legales, conviene sin embargo dejar noticia de lo evidente: sus expectativas electorales en general y su consideración cuasi mesiánica en el Partido Republicano en particular, no han sido en lo más mínimo afectadas por el proceloso recorrido; dato a tener en cuenta para percibir y analizar los importantes grados de entrega populista en la que en estos tiempos parecen instalados amplios sectores del electorado norteamericano. Ya no son estos los tiempos en que Nixon se vio obligado a dimitir de su cargo presidencial en 1972 como consecuencia de las acciones ilegales que, para la obtención de informaciones reservadas del Partido Demócrata en el conjunto residencial de Watergate en Washington, la Casa Blanca había autorizado. Trump parece haberse situado por encima y más allá de la ley. Y una parte significativa de los ciudadanos de un país que desde su comienzo siempre cultivó el respeto y el acatamiento del Estado de Derecho, lo que ellos mismos conocen como el “Rule of Law”, no tiene inconveniente en prestarle su calurosa adhesión.

Desde que en el año 2000 Vladimir Putin, tras el breve interregno cuasi democrático que, en Rusia, tras la desaparición de la URSS en 1991, dirigieron Mijaíl Gorbachov y Boris Yeltsin, una nueva Guerra Fría ha ido abriéndose camino en las relaciones internacionales. De un lado, el mundo euroatlántico formado por los antiguos y nuevos miembros de la UE y de la OTAN, muchos de los cuales, por cierto, habían formado parte de la URSS o del Pacto de Varsovia. Del otro, una Federación Rusa nostálgica del conglomerado soviético y deseosa de recuperar el conjunto geoestratégico que aquella había poseído —lado al que se sumaba, con sus habituales cuidados orientales, la República Popular China. Las percepciones que en el lado del oeste europeo han ido cristalizando sobre los intentos expansionistas rusos cobraron dolorosa forma tras la



Kamala Harris en un acto del Partido Demócrata en Iowa en 2019 / Foto: Gage Skidmore

anexión de la península ucraniana de Crimea por Moscú en 2014 y la posterior invasión de Ucrania en 2022. Las intenciones neosoviéticas del dirigente ruso quedaban dramáticamente claras, hasta el extremo que dos países europeos tradicionalmente situados en el conjunto de los “neutrales y no alineados”, Finlandia y Suecia, solicitaron y obtuvieron su adhesión a la OTAN en 2023 y 2024 respectivamente. La razón era transparente: buscar protección y ayuda ante la posibilidad de que la Federación Rusa, de la que son vecinos, y como ya había hecho con Ucrania, tuviera la intención de invadir sus territorios.

Fueron otros factores de raíz más directamente económica y social los que contribuyeron a sembrar campos de incertidumbre política en el conjunto del mundo euroatlántico y de los cuales provienen las manifestaciones conservadoras y neo nacionalistas que han adquirido forma durante la última década en varios países europeos y también en los Estados Unidos de América. No es de extrañar que en esa sintonía se lleguen a encontrar gentes como el ruso Putin, el americano Trump, el húngaro Orban, la francesa Le Pen, el español Abascal o la italiana Meloni. Cada cual, a su modo, con mayores o menores énfasis, partidarios de un neo soberanismo estatal empeñado en disminuir los esquemas integracionistas y consiguientemente decididos a contemplar con preocupado desdén los propósitos y utilidades de la OTAN o de la UE. Trump es hoy el patrono internacional de esa tendencia, como revelan sus conexiones con los líderes que en Europa o en el mundo han abjurado de las conexiones internacionales de integración para refugiarse en parámetros cuasi tribales. Y Trump es el preferido por Putin en la realización de esa tarea. No es ya ningún secreto la

intensa manipulación que, en 2016, cara a las elecciones presidenciales americanas, llevaron a cabo los servicios de desinformación rusos para degradar la candidatura de la demócrata Hillary Clinton y promover la del republicano Donald Trump, tal como detalladamente narra en su libro *La Trama Rusa* el periodista David Alandete (con el subtítulo *La alianza secreta entre el independentismo catalán y el Kremlin*, Ed. La Esfera de los Libros, 2024).

2

El 20 de julio de 2024, siete días después de haber sido tiroteado y un día tras su proclamación como candidato a la presidencia de los Estados Unidos por la Convención Republicana, Trump compareció en Michigan en su primer mitin tras la investidura partidista. La historia de los días previos le ha dejado mensajes evidentes: quiere ser entendido como partidario de la democracia, a la que, por cierto, dice deber su supervivencia tras el atentado; se dirige directamente al electorado que necesita mejorar su estándar vital; no es partidario de guerras o conflictos y se declara dispuesto a evitarlos; e incluso mantiene su disposición a negociar con Putin un final para la guerra de Ucrania, sin afirmar cuales serían los términos y si ellos incluirían la cesión a Rusia de territorio ucraniano. Pero la grafía del momento es evidente: él y los 12.000 militantes que participaron del momento están convencidos de que ya tienen asegurado el camino hacia la Casa Blanca.

Entre tanto Joe Biden, aquejado de una recaída en la COVID, se encontraba recluido en su casa veraniega. Su entorno anunciaba el retorno a la refriega electoral en los días finales de julio, mientras eran cada vez más abundantes las voces que en el seno del Partido Demócrata se hacían oír rogándole que cediese el paso a otro candidato o candidata. La convicción estaba cada vez más arraigada en los interiores y exteriores del partido: su estado no es el más adecuado para obtener de nuevo la presidencia del país y menos para completar los cuatro años de su mandato. La Convención Demócrata se reunió en Chicago el 19 de agosto con la finalidad de designar el candidato o candidata. Hasta la celebración de la convención, la voz más escuchada fue la de Kamala Harris, la todavía vicepresidenta del país y quizás la más cualificada para aspirar al puesto al que pedían a Biden que renunciase. Pero la impresión del momento era tajante: en las condiciones actuales, y tanto más si Biden era el candidato, sería Trump el ganador. Con un importante añadido: una posible mayoría bicameral en las elecciones parlamentarias que también tendrán lugar el 5 de noviembre, para elegir la totalidad de la Cámara de Representantes y un tercio del Senado. Sería difícil imaginar como la “nación indispensable” a unos Estados Unidos regidos por Donald J. Trump en la presidencia del país, y por sendas mayorías parlamentarias republicanas en las dos Cámaras. Tanto como el final de una época y el comienzo de una preocupante incertidumbre.

Claro que las cosas pueden tener arreglo: el domingo 21 de julio, por medio de una carta distribuida por las redes sociales, Joe Biden anunciaba su renuncia a la candidatura presidencial demócrata para los comicios del 5 de noviembre, señalando en el texto que con ello beneficiaría al Partido Demócrata y al país. De manera que la constatación de sus visibles incapacidades y la presión correspondiente ejercida por diversos niveles entre los partidarios demócratas habían surgido efecto. En la misma comunicación señalaba a su vicepresidenta, Kamala Harris, como la sustituta más adecuada para ocupar el lugar al que él renunciaba.

La noticia, que ocupó la portada de los medios informativos de todo el mundo, abrió una nueva expectativa cara a las elecciones americanas. Aunque sea todavía temprano para predecir sus resultados y la evolución hacia los mismos, es indudable que la retirada de Biden abrió de nuevo la posibilidad de que el ganador en la contienda no sea Trump. Claro que para ello sería indispensable que los demócratas confirmaran sin vacilaciones ni peleas la candidatura de Harris y aprovecharan el tiempo restante hasta el 5 de noviembre para construir una oferta contundente, clara y vigorosa frente a la previsiblemente nacional populista del trumpismo aislacionista, sin que ello garantice la victoria, pero al menos abriese una posibilidad que en la práctica había dejado de existir: que un candidato o candidata demócrata ocupara la Casa Blanca entre 2025

y 2028 y, sobre todo, que no fuera Donald J. Trump el que consiguiera tan anhelado domicilio. Por el bien de la “nación indispensable” y de todos aquellos, ciudadanos e instituciones que en el resto del mundo siguen concediendo a los Estados Unidos de América un papel significativo en el mantenimiento de un orden mundial pacífico basado en el respeto a la democracia, el Estado de Derecho y los derechos humanos.

3

Ya a finales del mes de agosto se podía certificar lo evidente: la candidatura de Kamala Harris a la presidencia de los Estados Unidos había devuelto al Partido Demócrata las posibilidades de competir con probabilidades de éxito en las elecciones del 5 de noviembre. En términos coloquiales, se podía afirmar que “había cancha” —dato tanto más visible cuanto que la candidata Harris fue clamorosa y unánimemente apoyada en la Convención Demócrata que tuvo lugar en Chicago los días 19, 20 y 21 de agosto. Para ello fueron contundentes la presencia y participación en las reuniones de la convención de los matrimonios Clinton y Obama. Las encuestas del momento, con toda su variable credibilidad, arrojan resultados positivos para la candidata demócrata, situación que el candidato Biden nunca había conocido. Naturalmente, la contienda queda abierta con todas sus implicaciones personales, políticas, ideológicas y sociales, pero nadie ya descarta que los americanos puedan escoger para dirigir los destinos de la nación, y por primera vez, a una mujer que por lo demás tiene la piel oscura y la ascendencia emigrante, y cuyas dotes personales y profesionales certifican su idoneidad para el puesto.

Las del 5 de noviembre, como cualquier otra elección democrática, encierran un amplio margen de variabilidad e incertidumbre, tanto más cuanto que conocen como antecedentes situaciones desconocidas en los anteriores comicios estadounidenses. Pero al mismo tiempo proyectan una positiva posibilidad: la de que la Casa Blanca sea habitada por una persona que alberga razones para garantizar la calidad de “indispensable” al país, en beneficio de sus ciudadanos y de los de todo el mundo. Se trata de Kamala Harris, vicepresidenta de los Estados Unidos estos últimos cuatro años, mujer de color, que fuera fiscal general de California, hija de padre jamaicano y de madre hindú. Sería una buena ocasión para reescribir adecuadamente la historia del mundo mundial.